

La fundación ideológica de las literaturas nacionales. Literatura y territorialización en el siglo XIX argentino

Marisa Moyano

Resumen

A lo largo del siglo XIX los procesos de territorialización y apropiación del espacio en Argentina fueron configurados desde procesos escriturarios y desde interacciones discursivas que fueron dando forma a un proyecto de país, de Estado y de Nación, definiendo “el cuerpo de la patria” y sus límites, su territorio y su identidad, lo que debía formar parte de ese cuerpo y lo que no, su política de inclusiones y de exclusiones bajo el conjuro de una idea de lo que debía ser la Nación. En el espacio-tiempo que media entre el diseño de ese proyecto por parte de la Generación del '37 y su efectiva realización en 1880 se sucedieron las luchas y debates para dar forma al Estado y sus dispositivos de integración nacional y territorial, para instituir su modelo de realización a la sombra del paradigma recreado de una “Nación civilizada”; y en ese marco, como nunca antes, la literatura mostró su dimensión y poder de lucha en el campo amplio de los discursos sociales imbricados en el debate sobre el país que se estaba construyendo, sus modelos y proyectos.

Palabras claves: Nación política / Nación literaria / procesos de territorialización discursiva.

I - Los procesos de territorialización y apropiación del espacio en Argentina fueron configurados desde procesos escriturarios y desde interacciones discursivas que fueron dando forma a un proyecto de país, de Estado y de Nación, a lo largo del siglo XIX, definiendo “el cuerpo de la patria” y sus límites, su territorio y su identidad, lo que debía formar parte de ese cuerpo y lo que no, su política de inclusiones y de exclusiones bajo el conjuro de una idea de lo que debía ser la Nación.

La literatura, desde que los criollos ilustrados comenzaran a pensar la Independencia, constituyó una estrategia de lucha, un instrumento puesto al servicio de proyectar la Nación que querían construir, al mismo tiempo que inicia su reflexión sobre las marcas y estrategias que le otorgaran identidad y originalidad propias. Pero ambos procesos se orienta-

ron absorbiendo los sistemas de pensamiento filosófico, político, económico, social y cultural gestados en el espejo de una modernidad europea que se instituía a sí misma como centro del mundo, modelo de “racionalidad” y “civilización”, paradigma del “progreso” y devenir de la historia.

De este modo, la literatura de los criollos ilustrados no pudo sino pensar en mecanismos que desde la escritura diseñaran el mapa simbólico de un país futuro alineado en la marcha de lo que a sus ojos eran las “naciones civilizadas de la Tierra”. Pensar la Nación era diseñar simbólicamente el proyecto que debía constituir la en esa línea y sobreimprimir sobre el territorio y su cultura el imaginario dominante de sus modos de conocer y representar el mundo, sus imágenes, símbolos y sistemas de significación de la realidad. En ese proceso, pusieron la literatura al servicio del diseño de ese modelo y de la construcción de esquemas de poder que permitieran convertirlo en realidad: ocupar el espacio con palabras, llenarlo de “civilización”, extender en él el “progreso” y la “razón”, comenzaron siendo un ejercicio simbólico desde la palabra, desde la configuración y el dibujo de un cuerpo y su apropiación discursiva, para convertirlo en territorio de la patria y marca simbólica de su “identidad nacional”. Con ello, “pensar la patria” y “proyectar la Nación” se constituyeron en operaciones que inscribieron a la literatura en el campo de las luchas ideológicas e instituyeron su práctica como función del poder.

En el espacio-tiempo que media entre el diseño de ese proyecto y su efectiva realización en 1880 se sucedieron las luchas y debates para dar forma al Estado y sus dispositivos de integración nacional y territorial, para instituir su modelo de realización a la sombra del paradigma recreado de una “Nación civilizada”; y en ese marco, como nunca antes, la literatura mostró su dimensión y poder de lucha en el campo amplio de los discursos sociales imbricados en el debate sobre el país que se estaba construyendo, sus modelos y proyectos.

II - Todo el siglo XIX americano aparece atravesado por el problema de definir una idea de “patria”, de configurar una Nación, de otorgar soberanía a los nacientes Estados, con lo cual este problema se enlaza íntimamente con la reflexión sobre el territorio y sus límites. Pero también ello se complejiza porque ese territorio es un espacio no conocido, inexplorado y no sometido, que la escritura debe exorcizar. De allí que conocer la tierra, hacer el mapa, trazar los límites, relatar y describir la constitución de un territorio, son formas todas de “estabilizar fronteras y

asignar valores" (Montaldo 1999: 17). Con ello, el problema del territorio se articula con el de los límites y las fronteras en el ejercicio de la acción política y las prácticas escriturarias de las élites letradas que intentan construir una Nación a su imagen, entre las fronteras externas y las internas, las fronteras políticas y las culturales, como una forma de hacer efectivo el proyecto, constitución y ejercicio de lo que las élites liberales y sectores letrados reconocerán como una "literatura nacional".

La serie literaria iniciada con la producción del '37 "traza fronteras", en el decir de Fernández Bravo (1999: 10), entre la "civilización" y la "barbarie", el pasado y presente, lo que debe incluirse y lo que no en la totalidad nacional, "reproduciendo la relación entre una descripción literaria, el territorio que provee la materia del texto y la identidad que en él se cuestiona y afirma". Esto pone a la literatura en una posición que supone una capacidad de realización: la posibilidad de cartografiar "lo real" y establecer con la imaginación fronteras territoriales, cronológicas, políticas, raciales, lingüísticas. Con ello, la literatura pone en evidencia demostrando la existencia de un proyecto del poder político que le asignó al discurso la capacidad de realización de una operación de territorialización específica, "un plan de apropiación y homogeneización cultural nacionalista" (1999:13).

Será en este marco que los llamados "textos fundacionales" de la literatura argentina inscriben la prédica de las élites liberales letradas en su camino por trazar la cartografía simbólica de la patria, perfilando un territorio que para definirse debe exorcizar los fantasmas de una frontera cultural difusa y ubicua. En este proceso, "civilización y barbarie" constituirán las líneas que la escritura irá trazando, la marca divisoria, la frontera que separe el ser y el deber ser de la Nación. Frontera ubicua que se extiende horizontalmente, tierra adentro sobre el territorio, pero también transversalmente para separar un "nosotros" de los fantasmas de diversos "otros" que lo habitan. No otra cosa revelan *La Cautiva*, *El Matadero*, *Facundo* y hasta *Martín Fierro*.

La elección de las élites letradas en el contexto de los intentos de conformación del Estado determinó definiciones centrales: el proceso de conformación del "cuerpo de la Nación" implicaba delimitaciones territoriales, una ubicación en el espacio que involucraba no sólo una colocación en las líneas trazadas por una Europa que diseñó el "mundo", sino también una colocación en el espacio de los discursos ideológicos,

políticos y culturales que legitimaban ese diseño del mundo y la centralidad que en él ocupa el desarrollo de las “naciones civilizadas”. En este marco, el desafío para el nuevo Estado que pretende crearse implica entonces definir una configuración territorial y establecer su continuidad con las “zonas civilizadas” de la tierra. Será en esta tarea que los letrados encuentran su espacio político e intelectual de realización, en la constitución de los grandes metarrelatos legitimantes de una idea de “Nación civilizada”. El ejercicio de la escritura supondrá la puesta en práctica de una función de “mediación intelectual” entre los modelos culturales metropolitanos alineados en una “marcha civilizadora universal” y la necesidad de perfilar internamente el cuerpo y la identidad de una “nación soberana y original” que encuentre su lugar en ese “devenir civilizador” de la historia. La literatura, así, “participa de las formas de construcción de la autoridad y la legitimidad desde la cual se distribuyen los grados de civilización o barbarie, de ingreso en el mundo de la cultura o de exclusión hacia la zona salvaje de la otredad irreversible” (Montaldo 1999: 27), demostrando con ello que el saber y la ciencia no son las únicas estrategias constitutivas de los procesos de territorialización, sino que también, desde “la autoridad universal de la belleza” se promueve la conformación de una literatura donde la construcción del espacio asume un rol fundamental: mientras “funda” una “literatura nacional” perfila discursivamente los límites del cuerpo mismo de la Nación a imagen de una proyección histórico-política.

De este modo, el “nacionalismo cultural” como búsqueda y proyecto se expandirá a lo largo de las prácticas escriturarias del siglo XIX, a partir de sus proyecciones iniciales cuando las definiciones políticas constituían todavía sólo proyección y modelos y las fronteras internas no se han estabilizado: cuando “civilizar”, ocupar la frontera, expulsar la “barbarie”, poblar el “desierto”, “culturalizar la naturaleza”, educar al ciudadano, institucionalizar el Estado y perfilar una “identidad nacional civilizada”, todavía eran sólo eso: palabras.

III- En los procesos de territorialización discursiva varios dispositivos constituirán las estrategias que operan como andamiaje y “cuerpo” sobre el que debe materializarse la Nación a partir de su literatura: la proyección del dispositivo cognitivo del modelo “civilización y barbarie” y la “invención social del espacio y las fronteras”, materializados en el doble movimiento de la “metáfora del desierto”.

Configurar el “cuerpo de la patria”, su historia, sus dimensiones y sus trazos definitorios para hacer del espacio un territorio, y de éste una Nación, implicará incursionar en la frontera con la “barbarie”: la zona que une y separa a la vez el mundo conocido del desconocido, lo perfilado de lo amorfo, el yo del “otro”, la identidad de la diferencia; la zona donde se tocan y trafican las dimensiones del presente y del pasado, de un espacio sin marca, de una naturaleza sin “saber”, de un territorio “sin propiedad”, de “monstruosas otredades” sin asimilar que lo habitan y transitan. Así, en los textos escritos en Argentina desde la independencia hasta que se concrete la modernización del Estado en 1880, el territorio fronterizo emerge como un espacio donde entran en juego los conflictos centrales en el proceso de constitución de la Nación: la lucha entre la “civilización” y la “barbarie”, la tensión entre cultura y naturaleza, el pasado y el futuro (Fernández Barvo 1999: 50). Por eso la “letra”, en su capacidad de nombrar, describir y construir la realidad, será la primer arma puesta en juego, la primer exploración en la lucha por exorcizar la “barbarie”.

En este sentido, el despliegue de ese proceso discursivo se monta - en palabras de Navarro Floria (1999) - en una operación ideológica de “invención social del espacio y las fronteras”, como mecanismo previo al plan político de “apropiación material del espacio” en el proceso de conformación del territorio de un Estado Nacional. Esta operación, que implica la conformación de un “mapa imaginario de la Nación” desde la literatura, constituye una avanzada discursiva territorializadora que explicita y prepara el proceso de apropiación efectiva del espacio y de configuración del “mapa político real del Estado”. En este contexto, una estrategia eficaz que configuró y legitimó ese procedimiento fue la utilización de la “metáfora del desierto”, como un doble movimiento discursivo que consistía primero en operar conceptualmente un “vaciamiento del desierto” -a partir de las textualizaciones que lo configuraron como imagen de la “negatividad” y de la nada absoluta, de espacio sin límite ni propiedad, pura “naturaleza bárbara”- para presentarlo después, en un segundo movimiento, como “espacio potencialmente productivo en manos de hombres ‘civilizados’” (Navarro Floria 1999). Esta “metáfora del desierto” trazada desde la literatura mostraría a los “conductores de la Nación” que el desierto era “el cuerpo vacío de la Nación”, y que ese dibujo que perfilaba sólo contornos debía “llenarse”, cubrirse con los relieves del “progreso”, la

“sociabilidad”, la “razón” y la “humanidad civilizada”. Este proceso pone en evidencia el rol que le cupo a las élites letradas en el proyecto de colonización discursiva del territorio, cuya doble función alcanzó por un lado, a instaurar en la naturaleza y el espacio el eje de fundación tópica del proyecto de una “literatura nacional” en consonancia con el proyecto de constitución de la “nacionalidad”, y, por otro, a delinear la cartografía simbólica de territorialización que sustentará el proyecto político de constitución efectiva de una Nación que las élites liberales impondrán desde el poder del Estado a fines del siglo XIX.

IV - Sin embargo, se hace necesaria una revisión de los llamados “textos fundacionales de la literatura argentina” en la línea que los muestra como configuradores discursivos y políticos de la “nacionalidad”. En este sentido, puede observarse que *La Cautiva*, *El Matadero* y *el Facundo* arman una cadena de lectura que puede definirse a partir de que “leen el espacio” y “dibujan el cuerpo de la patria”, poniendo en juego la misma operación territorializadora que parte de la negatividad y la ausencia en el “espacio bárbaro”. Pero este “vaciamiento” inicial en realidad trasunta falta de reconocimiento e “imposibilidad de ver”, como si el paradigma y la fórmula del modelo cognitivo de “la civilización en lucha con la barbarie” -impuesto por la racionalidad de la modernidad europea- hubiera definido y estampado epistemológicamente las condiciones de posibilidad para producir una representación de la realidad desde ese marco epistémico. Es por ello que asume tanto peso específico en la constitución de la estética romántica de los textos de Echeverría y Sarmiento la maquinaria de recursos y tópicos territoriales y antropológicos descriptivos fijados retóricamente por las marcas de género de la llamada “literatura de los viajeros” y exploradores, sobre todo ingleses, que a lo largo del siglo XVIII y XIX recorren el espacio de la patria. En este sentido, Adolfo Prieto (1996) profundiza y explora cómo se fue constituyendo una retórica genérico-discursiva a partir de los sucesivos textos de los viajeros y exploradores europeos y cómo esa misma retórica constituyó un campo semántico que operó como paradigma tópico de referencia insoslayable para caracterizar el territorio y sus habitantes, la frontera, el desierto y los habitantes de “tierra adentro”, al punto de reconocer que esos procedimientos marcan a fuego la “emergencia de la literatura argentina”. En este sentido, los procesos de territorialización visibles en estos textos se enlazan en los modelos retóricos y cognitivos de la “civilización europea” y su legitimación políti-

co-ideológica de tránsito hacia la instauración del modelo capitalista liberal. Así, la presencia del “desierto” asume la calificación de “barbarie” –en tanto ausencia y negatividad, vacío y diferencia- que debe conquistarse, ocuparse “productivamente” y delimitarse como “territorio” en esta cartografía política, económica, social, cultural y antropológica que divide y distribuye en un mapa del mundo las naciones “civilizadas”. Con ello, paradójicamente, los textos que tradicionalmente son considerados como “textos fundacionales” de una “literatura nacional” arman su base retórica y su postulado de originalidad en el reconocimiento de una “naturaleza” observada con la lente de una retórica ajena que se cristaliza no sólo desde un modelo conceptual eurocéntrico (“civilización y barbarie”), sino además desde los tópicos estéticos y recursos retóricos generados por el discurso europeo que traduce su enfrentamiento con la naturaleza americana y sus habitantes. Sostenemos esto porque, vista desde esta perspectiva, la operación territorializadora para construir la Nación y configurar “el cuerpo de la patria” que ponen en marcha los escritores “fundacionales” de la “nacionalidad literaria” no es sino una traducción de las operaciones territorializadoras fundadas en los discursos imperiales de los viajeros y exploradores de la “Europa civilizada” durante los siglos XVIII y XIX. Si esto es así, la canónicamente denominada “fundación de la literatura nacional” que se organiza desde la cadena textual de la élite letrada del 37, se funda en la paradoja.

Desde esta perspectiva puede decirse que lo que en esta “literatura fundacional de la patria” se llama “el desierto” constituye la proyección hipostasiada e hiperbólica de una mirada que procura transformar de raíz un estado de situación percibido como “barbarie”, superponiendo sobre ella otro mapa, otra cartografía, otra realidad, otro desarrollo de la historia entroncado en el modelo de la “civilización” europea. Porque tras la “metáfora del desierto” lo que se oculta en realidad es una frontera interna en el proceso de constitución del Estado y la Nación, que se perfila como una muestra de la asimetría estructural entre una sociedad y un orden estatal que pretende proyectarse frente a una otredad radical, la de la población gaucha excluida de ese proyecto y la de una sociedad aborigen no reconocida como tal, que como no pueden instituir un orden cultural y jurídico reconocible desde la perspectiva “civilizada” no existen sino como obstáculo y rémora de la amorfa “barbarie” y el “salvajismo” que el “progreso” está llamado a superar.

En este marco, Perilli (1994:15) sostiene que bajo esa égida ideológica los procesos fundacionales del Estado-Nación en el siglo XIX se sustentaron en la constitución de un “mito de origen argentino” que instauró “un Fantasma producido a partir de la negación y la eliminación de sociedades y culturas, calificadas como no-sociedad y como no-cultura, y su sustitución utópica por La Sociedad y La Cultura generadas desde la clase dirigente enajenada en los modelos europeo y norteamericano. Negación y afirmación, vaciamiento y trasplante son movimientos complementarios dentro de nuestra historia” .

Esta “negatividad de la barbarie” funda los procesos de territorialización del siglo XIX en el “mapa partido” que la literatura dibujó para configurar el Estado-Nación, delineando desde el “cuerpo de la escritura” el “cuerpo de la patria”, separando y distribuyendo lo que debía pertenecer a la totalidad de la Nación y lo que no.

V - En la misma medida en que se fue desarrollando en los primeros años del siglo XIX un proyecto de “Nación política”, sus “proyectistas” fundaron una idea y un proyecto de “nacionalidad literaria”. Pero en la dimensión de lucha por la hegemonía, el “discurso literario nacional” terminó instituyendo e imponiendo su “legitimidad” sobre la base de operaciones de exclusión fundadas en el silenciamiento de las otras voces de la contienda y el ocultamiento de la articulación de las funciones políticas y estéticas en que se inscribió la fundación de la “literatura nacional”.

Esta institucionalización reconoce sus orígenes en el proceso de consolidación definitiva del Estado en 1880, cuando el dibujo del “mapa cultural” proyectado por el discurso literario termina por definir las líneas que integran “el cuerpo de la nación” y las que no, y se logra superponer dicho “mapa cultural” con el “mapa político” del Estado organizado. En este sentido, debe observarse que los textos de la cultura letrada producidos como “literatura” por los “proyectistas del '37” y los “hacedores del '80”, instituyeron y se reconocieron en un “discurso-único”, el discurso hegemónico de los sectores liberales que definieron la constitución del Estado Nacional en 1880. Este “discurso-único” del Estado, que en 1880 “fundó la nacionalidad” sobre la base del triunfo militar de un proyecto político, terminó por instituir retrospectivamente como línea definidora de “la literatura nacional” los textos y las cadenas que “fundaron” discursivamente su proyecto territorializador. Así, desde el discurso del Estado del '80 se consideró a la literatura del '37 como si

“desde siempre” hubiera expresado esa Nación ahora políticamente constituida, y a la vez, se presentó a la “idea de Nación” construida en esa literatura como el “producto” de una “evolución histórica indetenible” en la marcha hacia el “progreso” y la definición de un “Estado Nacional civilizado”. Con ello, discurso del Estado y “literatura nacional” constituyeron una formación discursiva cristalizada, que ocultó y silenció los procesos de lucha político-discursiva en que se inscribieron la territorialización de la Nación y la institucionalización hegemónica de ese “discurso-único”.

Borrar las interacciones discursivas, los “ecos” y huellas de las estrategias desarrolladas en esta lucha por la hegemonía en la constitución de la identidad y la Nación, constituyó un eficaz mecanismo del Estado consolidado triunfante en el ‘80 para solidificar esa identidad, ese Estado y esa “Nación civilizada” que se perseguía desde “los proyectistas del ‘37”. Ese eficaz mecanismo se configuró concretamente instituyendo como “grandes relatos fundadores” a los textos literarios que modelaron ese proyecto, para lograr como efecto que a los ojos histórico-políticos los resultados finales se presentaran como el normal desenvolvimiento de la “razón histórica” en la marcha de la “civilización” y el “progreso indetenible de las naciones desarrolladas de la tierra”. Obtenido este triunfo de un modelo y un ideal de Estado y de Nación liberal, los textos que proyectaron ese modelo fueron separados de sus circunstancias y contextos discursivos de lucha y “naturalmente presentados” como “monumentos” políticos y literarios únicos, fuente originaria del estado “civilizado” alcanzado. Para ello, sólo restaba esa operación de aislamiento semiótico de sus redes textuales e intertextuales, de “fagocitación” de los circuitos de producción y circulación en que se inscribían originariamente, para armarlos como eslabones unilineales en la “cadena refundada” de un “discurso-único”, estéticamente autotélico y políticamente autopofético: el del Estado triunfante del ‘80, su proyecto de “Nación política” y su modelo de “Nación literaria”.

Es en función de esta realidad de fagocitación discursiva y ocultamiento ideológico, que los procesos de “territorialización” inscriptos en los discursos sociales hegemónicos de configuración de la Nación debieran profundizarse, restituyéndolos en el campo de las luchas discursivas y los contextos dialógicos contrahegemónicos que se dieron

Bibliografía

FERNANDEZ BRAVO, A.: *Literatura y Frontera*. Bs. As., Sudamericana, 1999.

MONTALDO, G.: *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario, Beatriz Viterbo, 1999.

MOYANO, M.: *Los procesos de territorialización y los discursos de la Frontera Sur*. Tesis de Maestría en Literatura Hispanoamericana. UNCuyo, 2002. Mimeo.

NAVARRO FLORIA, P.: «Un país sin indios». En: *Scripta Nova*. Barcelona. N° 51. Noviembre de 1999. www.ub.es/geocrit/sn-51.htm

PERILLI, C.: *Las Ratas en la Torre de Babel*. Bs. As., Letra Buena, 1994.

PRIETO, A.: *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura nacional*. Bs. As., Sudamericana, 1996.